

**DESCLASIFICADO**  
**CONFIDENCIAL**

**TÍTULO: TODO LO QUE USTED SIEMPRE QUISO SABER  
SOBRE SU ESCRITOR ARGENTINO FAVORITO Y NUNCA  
SE ATREVIÓ A PREGUNTAR**

**CONTENIDO:** Anécdotas secretas de escritoras y escritores argentinos relatadas por otras y otros escritoras y escritores


**INVOLUCRADOS:** César Aira, Rodolfo Enrique Fogwill, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Alberto Laiseca, María Elena Walsh, Roberto Arlt, Silvina y Victoria Ocampo, Alicia Dujovne Ortiz, Ariel Magnus, María Gainza, Juan Rodolfo Wilcock, David Viñas, Luisa Valenzuela, Mariano Quirós, Ernesto Sabato, Manuel Puig, Daniel Link, Ricardo Piglia, Guillermo Piro, Juan Forn, Paula Pérez Alonso, Elsa Drucaroff, Guillermo Saavedra, Luis Sagasti, Damián Tabarovsky, Sergio Bizzio, Abelardo Castillo, Macedonio Fernández, Ana María Shua, Esther Cross, Alejandra Laurencich, Martín Caparrós, Luis Gusmán, Rodrigo Fresán, Matías Alinovi, Alejandra Zina, Julia Prilutzky, Daniel Molina, Héctor Bianciotti

**INVESTIGACIÓN A CARGO DE:** Daniel Guebel y Nancy Giampaolo

**INTERZONA**



**TODO LO QUE USTED  
SIEMPRE QUISO SABER  
SOBRE SU ESCRITOR  
ARGENTINO FAVORITO  
Y NUNCA SE ATREVIÓ A PREGUNTAR**



Daniel Guebel | Nancy Giampaolo (comps.)

**TODO LO QUE USTED  
SIEMPRE QUISO SABER  
SOBRE SU ESCRITOR  
ARGENTINO FAVORITO  
Y NUNCA SE ATREVIÓ A PREGUNTAR**

Volumen I

**INTERZONA**

## INTERZONA

---

Guebel, Daniel

Todo lo que usted siempre quiso saber sobre su escritor argentino favorito y nunca se atrevió a preguntar : volumen 1 / Daniel Guebel; Nancy Giampaolo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.

120 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-149-8

1. Literatura. 2. Anécdotas. 3. Escritura. I. Giampaolo, Nancy

II. Título

CDD 800

---

- © del prólogo y la compilación, Daniel Guebel y Nancy Giampaolo, 2026
- © Los derechos de uso, reproducción y propiedad intelectual de las anécdotas recopiladas en esta obra pertenecen a sus respectivos autores y/o titulares de derechos.

© interZona editora, 2026  
Pasaje Rivarola 115  
(1015) Buenos Aires, Argentina  
[www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com)  
[info@interzonaeditora.com](mailto:info@interzonaeditora.com)

Dirección editorial: Guido Indij

Edición: Fernando Ozón

Equipo editorial: Fátima Nieves García | Natalia Brega

Corrección: Mónica Martínez

ISBN 978-987-790-149-8

Libro de edición argentina.

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Prólogo

Como las mejores cosas de la vida, la idea de este libro apareció de casualidad. Fue a causa de un acontecimiento de orden jurídico (no un debate sobre la obra de Kafka) y cruzó a un par de columnistas de un periódico bisemanal capitalino en una serie de consideraciones generales sobre Dios y el origen del universo que rápidamente derivaron en un anecdotario por lo general procaz acerca de la vida, dichos y hechos de un escritor de relieve, prematuramente muerto. Un escritor, si es de verdad, no debería morir nunca, o al menos, como pedía Bioy Casares, necesitaría contar con quinientos o seiscientos años de vida saludable para redondear su literatura. Infelizmente, hasta el momento no les ha sido concedida semejante extensión del plazo; los avances hacia una duradera trans o eternohumanidad parecen obra de ese subgénero llamado ciencia ficción. Así, los escritores solo pueden bocetar los rudimentos de obras que tal vez brillarían más, con los deletéreos encantos del simulacro de perfección, si estas pudieran ser trabajadas con el sereno beneficio de centurias por delante.

No obstante, hay una forma precaria de la inmortalidad. Descontado el éxito mundano, que todos merecen y verdaderamente nadie tiene, en algún momento la persistencia del trabajo o la fulguración particular de un texto producen un acumulado que se derrama sobre la figura del autor, que se vuelve un exudado

de su obra anterior. Cada libro de cada autor va cargando en la memoria de los colegas-lectores y de los lectores no escritores un peso a la vez específico y variable bajo la figura de un relato, cualquiera sea: el nombre de un escritor, al ser dicho, ya es un relato por sí mismo, porque arrastra lo que se viene, un sistema de relaciones. La serie de nombradías determina a la corta o a la larga su fama, y en algún momento los escritores, que viven pensando en lo que escriben, dándose cuenta o no están trabajando para convertirse en objeto de esa narración ajena, y esa (incluida la que proporciona su obra, siempre dudosa) es la única inmortalidad a la que pueden aspirar. Donde ya no hay cuerpo, hay epitafio, que es lo que dura. El epitafio en vida es el relato. Y el relato ajeno es la segunda obra que los escritores escriben, deliberada o involuntariamente, ofreciéndose para que otros se ocupen de esa construcción que ellos mismos iniciaron. En ese punto, las estrategias oscilan. Desde hacerse fama de críticos insobornables o machos cabríos o mujeres afiladas o borrachos irresponsables o herméticos o iluminados o faloperos, desde jugar a mostrarse y ocultarse, cualquier estrategia para la erección de esa figura secundaria, forma del yo, es válida. Y el nombre de un autor, una vez puesto a circular, se condensa de la mejor manera bajo la forma más ejemplar y sintética del relato, que es la anécdota. Puesta en un libro, en este libro, esta es la forma de inmortalidad provisoria que muchos buenos escritores ofrecen sobre otros buenos escritores en beneficio del lector que está dejando este prólogo para comenzar con la primera historia.

**NANCY GIAMPAOLO Y DANIEL GUEBEL**

## ¿Vas a leer el libro?

Las presentaciones de libros empezaron a proliferar en los años 90 no solo como una celebración para el autor, sus lectores y amigos –la oportunidad ideal para comprar el libro y saludarlo–, sino como eventos sociales y publicitarios. Organizadas por las editoriales como una suerte de inauguración oficial, algo parecido al estreno de una película, son ocasiones para la alegría o la desazón. Que los presentadores hayan leído el libro y hayan pensado algo que destaque sus méritos, su singularidad puede contribuir a una presentación alegre.

Nunca había pensado que puede ser un error dar por sentado que el que acepta presentar un libro comparte un código común. Cuando uno invita a alguien a presentar un libro y el otro acepta, sonaría absurdo agregar: “¿Vas a leer el libro, no?”. Esto me trae el recuerdo de la presentación de *Después del nihilismo, de Nietzsche a Foucault*, de Martín Hopenhayn, publicado por Anagrama. Opera Prima rebalsaba de gente: el autor había convocado a Jorge Panesi, un superhéroe del pensamiento y de la crítica para los que tuvimos la suerte de cursar con él y Enrique Pezzoni Teoría Literaria I en Letras, y a Tomás Abraham, un pensador que había sido alumno de Foucault en la Universidad de Vincennes y a su vuelta a la Argentina se había dedicado bastante especialmente a darlo a conocer en la profundidad de su mirada crítica en relación a “los sistemas de

sujeción de los cuerpos” e instando “a pensar todo de nuevo” (su seminario en el Rojas en 1987 me salvó la vida, casi literalmente). A esa altura, casi diez años después, Abraham también era apreciado por su apasionada y a veces provocadora enunciación argumentativa y su invitación a patear el tablero.

A la hora señalada, los tres se sentaron a la consabida mesa sobre el consabido escenario mirando al público. A la derecha del autor, Panesi leyó un texto que iluminaba con precisión y nitidez la potente maquinaria que había puesto en movimiento el autor; su elogio intelectual invitaba a leerlo. El autor le agradeció su trabajo con gran satisfacción. Tomás Abraham, en cambio, no se refirió al libro; con serena elocuencia habló de Foucault durante un largo rato, como si estuviera en una de sus clases. Cuando terminó su disertación el autor le agradeció con efusividad, la platea aplaudió. Me fui un poco confundida antes del cierre y de la copa de vino. Después pensé que tal vez con ese gesto Tomás reforzaba su rechazo a las convenciones, al lugar común; y si Hopenhayn le agradecía sinceramente era porque valoraba su participación, más fuera de lugar habrían estado la incomodidad o el reproche.

**PAULA PÉREZ ALONSO**

## Desencuentros generacionales con César Aira

La escena de desencuentro generacional tuvo lugar en el aeropuerto de Panamá, a la espera del vuelo de conexión hacia Buenos Aires. Veníamos de Bogotá, adonde habíamos viajado una semana antes para la entrega de un premio de novela, en el que César Aira ofició de jurado y yo resulté ganador.

Ya en el viaje de ida tuvimos un momento de desencuentro fabuloso. Como había esperado y temido los días previos, nos sentaron en asientos contiguos del avión. Era la primera vez que pasaba tantas horas junto a un escritor, por no hablar de uno de la talla de Aira, y estaba bastante nervioso. Por suerte, resultó ser una persona agradable, de conversación fluida cuando el tema le interesaba y silencios reflexivos cuando esta decaía. No necesitaba hablar ni que le hablasen y entretuvo el tiempo leyendo una novela de P. G. Wodehouse.

En un momento del extenso viaje, pusieron *Ocean's Eleven* en el televisor (estamos hablando de 2007, cuando aún no había pantalla en cada asiento, al menos en Copa Airlines). Aira me preguntó si la conocía y le dije que estaba bien para matar el aburrimiento (en realidad me había encantado, como me encantan todas las películas de robos de bancos, desde *blockbusters* como ese hasta *Los Delincuentes*, de Rodrigo Moreno).

Aira se clavó la peli entera, me pareció que con mucha atención, y me quedé contento de haberle ayudado a entretener casi dos horas de tiempo muerto. Pero cuando llegaron los títulos, me miró y me dijo, sin reproche, más bien con estupefacción:

—Qué porquería de película, de las basuras más grandes que vi en mi vida.

Esa misma noche, cenando junto a la piscina interna del hotel de lujo con la directora de la editorial, tuvo lugar la siguiente divergencia, marcada por la diferencia de edad, con ese hombre que tenía la de mi padre. Mientras que él se pedía algo liviano, todavía mareado por el avión, yo fui a por lo más sustancioso del menú, una hamburguesa completa con papas fritas. Aira me miró devorarla con la misma mezcla de envidia y espanto que pongo yo al ver comer a mi sobrina, ahora que alcancé la edad que tenía César en aquel entonces.

Al día siguiente, durante una visita protocolar, nos ofrecieron un jugo de un fruto carnoso y violáceo, que flotaba dentro del vaso como un feto dentro de una probeta. Aira declinó la invitación con una sonrisa de horror, mientras que yo acepté, un poco por cortesía y otro poco por curiosidad (llegué a comer hormigas vivas en el Amazonas, no me iba a amedrentar ahora frente a un juguito). Al igual que en la cena, Aira hizo algún comentario sobre lo que era ser joven, que yo me debo haber creído, aunque ya había pasado los treinta. Como sea, por la madrugada me levanté a cagar y vomitarlo todo, el jugo de feto de bebé y la hamburguesa de piscina interna. Bañado en sudor sobre el inodoro cinco estrellas, me sentí un *rocker* que ya no está para esas giras.

Volviendo (al aeropuerto de Panamá), nos tocó una escala algo extendida, que pasamos sentados uno junto al otro. Mientras yo leía escuchando música con mi flamante iPod (la primera inversión que hice con la plata del premio, además del Diccionario Etimológico de Corominas), Aira simplemente pensaba. Me acuerdo de haberme sorprendido, y no para bien, de todo lo que me hacía falta a mí para

entretenerme, frente a lo poco que necesitaba él. Al igual que el personaje de “El milagro secreto”, que compone una obra entera en su mente durante el año de gracia que recibe cuando están a punto de fusilarlo (en un momento de nuestra estadía yo había osado criticarle no sé qué cosa a Borges frente a un periodista y Aira me miró de reojo con cara de: “Ubicate, pendejo”), así Aira debía estar desarrollando en mente sus novelas, o puliendo alguna de sus exquisitas teorías literarias, pensaba yo. Del mismo modo había hecho su carrera literaria, sin ayuda de nadie, porque los buenos escritores se hacen conocidos por la fuerza de sus libros, no por la que le prestan los departamentos de marketing mediante premios comerciales. Aira se había mofado de eso en alguna de las reuniones, tras contar que de joven había mandado sus libros a concursos, sin suerte: “Pasé de perdedor a jurado”, dijo, entre risas. Otra intervención notable que recuerdo de aquella estadía compartida fue cuando el jefe del área de ventas de la editorial lamentó lo poco que se vendían los libros, atribuyéndoselo a su precio excesivo, a lo que Aira recordó que en su casa hubo momentos en que no sobraba el dinero y sin embargo él nunca había dejado de vaciar sus bolsillos en las librerías. Lo importante era formar lectores, explicó, ofreciéndoles buena literatura, ellos solos se encargarían después de mantener vivo lo que ese hombre de negocios llamaba “el mercado editorial”.

Ahora Aira estaba más allá del libro físico. Leía mirando en lontananza, sin dejarse molestar por la gente que pasaba ni por la música funcional que yo tapaba con mis auriculares. Hasta que en un momento se levantó e hizo gesto de que se iba a dar una vuelta, mientras yo me sacaba un auricular.

—Me desintegro del aburrimiento —explicó, y encaró para el lado de las tiendas libres de impuestos.

**ARIEL MAGNUS**

## Cockwill y Bianco viajan en crucero

Héctor Bianciotti nos contó en París la anécdota siguiente. Cuando vino de Córdoba a Buenos Aires, a finales de los años cuarenta, llegó a formar parte de la cohorte de escritores homosexuales en torno a Silvina Ocampo. No lo dijo así, desde luego, pero dijo que odiaba el pueblo en el que había nacido; que había huido y se había refugiado en el seminario de Moreno, donde se le había permitido introducir libros franceses con la condición expresa de que no los hiciera circular; que había huido también del seminario y que había logrado que lo aceptaran en el teatro de la mejor sociedad; que dos o tres veces por semana cenaba entonces en casa de Bioy y de Silvina, que era *loca, loca y divertida*; que el departamento estaba tan venido a menos que ella cerraba las puertas de las habitaciones y las declaraba clausuradas para siempre; y dijo, sobre todo, que después de cenar Silvina les daba dulce de leche en la boca, con una cuchara. Y cuando actuó para nosotros el gesto de los ojos entrecerrados, los párpados trémulos y el rostro como una máscara hacia arriba, en la oquedad perturbadora de una boca tan en falta, tan abierta y anhelante hacia la cuchara que Silvina seguía sosteniendo muy visiblemente por encima del nivel promedio de los ojos generales, brillantes de risa por la sumisión festiva de los turnos, en esa subversión de los valores de los ingentes padres putativos que es el norte magnético de las acciones grupales desviadas, cuando, en

definitiva, en vez de decir actuó –y cerró la evocación del episodio con la interjección *am*, que señalaba el cierre paralelo de la boca–, nosotros entendimos. Entendimos la cohorte. Y él pudo seguir adelante con el aspecto más formal de la anécdota, y decirnos, en primer lugar, que en esas tertulias había conocido a Juan Rodolfo Wilcock. Y que una noche en la que él, Héctor Bianciotti, estaba particularmente desesperado, salió a caminar sin rumbo y se sentó en un banco de la plaza San Martín en el que muy pronto vino a sentarse Wilcock. Unas horas antes habían compartido la velada en casa de Silvina, pero no evocaron la coincidencia, ni hablaron de la desesperación. Operó, más bien, un implícito cortesano, y Wilcock le preguntó qué hacía todavía ahí, en Buenos Aires. *¿Qué hace usted acá, hombre?*, insistió. *Usted tiene que viajar a Europa*. Siguieron noticias que, en su precisión, parecían inapelables. Wilcock le dijo que en un mes, exactamente, un transatlántico partiría hacia el puerto de Ostia. Que la travesía duraba veintisiete días, que los camarotes eran individuales, que los pasajes se compraban en una agencia de la galería Güemes. Cuando se separaron, hacia las tres de la mañana, Bianciotti no pensaba más que en viajar. Y como si se estableciera un tácito acuerdo general que quisiera confirmarlo en la rigurosa necesidad cósmica del viaje, desde entonces, según él, el mundo se organizó para que viajara: algunos conocidos que representaban una obra de Molière acordaron que se le consignaran las dos mejores recaudaciones del mes, alguien más ayudó a agilizar el trámite del pasaporte y Silvina aportó unos francos que guardaba desde la época de su estadía artística en Europa. Un mes más tarde, efectivamente, Héctor Bianciotti abordó el transatlántico, pero el primer día de navegación le deparaba una sorpresa: Juan Rodolfo Wilcock estaba entre los pasajeros. Los dos contertulios fingieron no reconocerse, y los días que siguieron quedaron teñidos de una intriga molesta y rumiadora para Bianciotti. ¿Por qué Wilcock no le había dicho que él también viajaría? ¿Por qué lo evitaba? ¿Por qué fingía no conocerlo? La intriga se volvió ridícula.

Llegó a ocurrir que los dos hombres se observaran de una mesa a otra del comedor durante el almuerzo y la cena impostando indiferencia. Unos quince años después, cuando Bianciotti ya estaba instalado en París y trabajaba como editor de Gallimard, debió escribirle a Wilcock, a instancias de la editorial, para traducir y publicar algunos libros suyos. No hubo acuerdo, pero lo cierto es que durante el intercambio epistolar la farsa volvió a repetirse: se trataba de desconocerse para siempre. Hasta allí la anécdota que nos contó Héctor Bianciotti en París. Con el tiempo pensé que lo mejor del relato era el encuentro en la Plaza San Martín: en ese momento Wilcock parece conocer mejor a Bianciotti de lo que él mismo se conocía por entonces. Pensé también en escribir un cuento que aprovechara ese aparente desdoblamiento partiendo de la misma escena: un escritor se encuentra con otro, al que le recomienda viajar. Viajan ambos. Durante el viaje fingen no reconocerse. Finalmente, uno de los dos muere en alta mar, pero hay un solo cadáver, porque siempre hubo un solo escritor. No sólo pensé en escribir el cuento: lo escribí, lo imprimí y se lo di a Bianciotti. Un mes más tarde me llamó por teléfono para decirme que lo había leído. Por entonces ya había empezado a olvidarse de las cosas. Me dijo que se reconocía en el personaje de Bianco, desde luego, pero que no sabía quién era el otro personaje, Cockwill. Con la incomodidad de revelarle algo evidente le dije que era Juan Rodolfo Wilcock, el escritor argentino que había viajado con él desde Buenos Aires. Me dijo que no lo conocía.

**MATIAS ALINOVÍ**

## Índice

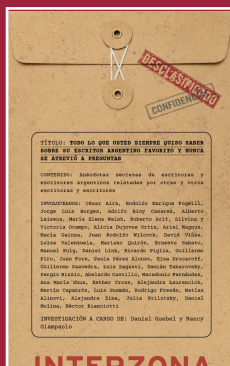
Prólogo, por Nancy Giampaolo y Daniel Guebel	7
¿Vas a leer el libro?, por Paula Pérez Alonso	9
Desencuentros generacionales con César Aira, por Ariel Magnus	11
Cockwill y Bianco viajan en crucero, por Matias Alinovi	14
Un playboy tropical, por Esther Cross	17
A la altura de Bioy, por Rodrigo Fresán	18
Borges, la marihuana y el ajeno, por Luis Gusmán	20
Dar la espalda, por Luis Gusmán	21
Recuerdos de Borges, por Luisa Valenzuela	22
Hablar sin leer, por Paula Pérez Alonso	30
¿Por qué no te hacés de Boca?, por Ariel Magnus	32
Trago amargo, por Alejandra Laurencich	34
Poetas en Asunción, por Guillermo Saavedra	39
Papel pinocho, por Esther Cross	42
Hermione, sharkattack y los chupines, por Claudia Melnik	43
Primer día de libertad, por Ana María Shua	46
La trampa de Macedonio, por Guillermo Piro	48
Eva de Arco, por Angel Faretta	49
Lo que Castillo le diría a Balzac, por Gonzalo Garcés	50
El Génesis según Juan Filloy, por Ariel Magnus	52
La cruz de ser boludo, por Sergio Bizzio	54
Fogwill al desnudo, por Daniel Link	55
A mí también, por Daniel Link	56
Amar, odiar y volver a amar a Fogwill, por Guillermo Piro	57

El arte de recibir diplomas, por Guillermo Piro	58
Una idea irrealizable, por Damián Tabarovsky	59
La llave francesa de Elvio Gandolfo, por Mariano Quirós	61
¿Querés saber qué es el mal?, por Luis Sagasti	64
Ronquidos en la Patagonia, por Guillermo Saavedra	68
Un milagro que empieza con Pa..., por Guillermo Piro	71
¿A vos quién te conoce?, por Elsa Drucaroff	72
La velocidad de las palabras, por Guillermo Piro	75
Jabón o barbarie, por Guillermo Piro	76
El exhibicionista de Palermo, por Guillermo Piro	77
Silvina, Victoria y Pepa, por Guillermo Piro	78
La novela “negra” de Alan Pauls, por Paula Pérez Alonso	79
Los fantasmas del niño olfa, por Guillermo Piro	81
Una charla perfecta, por Daniel Molina	82
Belleza, por Daniel Link	86
El otro Puig, por Daniel Molina	87
El autógrafo de Sabato, por Matias Alinovi	94
Gaicho al rescate, por Mariano Quirós	96
El apellido de una escritora, por Alejandra Zina	100
Cielo e infierno de una antología, por Esther Cross	106
Los peligros de insistir, por Paula Pérez Alonso	108
El gato de Wilcock, por Guillermo Piro	119
La nervia óptica, por María Gainza	110

¿Te gusta el libro que empezaste a leer?  
¿Querés saber cómo sigue?

Conseguilo en [interzonaeditora.com](http://interzonaeditora.com)  
y en las mejores librerías.

¡Gracias por leer!



COMPRAR LIBRO

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA